

UN TESORO DE COSAS NUEVAS Y VIEJAS

Por Guillermo Cook

“Todo escriba que se hace discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo”.
(Mateo 13:51).

Estas palabras de nuestro Señor, expresadas en el contexto de parábolas que pretendían enseñar “cosas nuevas” a la luz de las “cosas viejas” que eran del conocimiento de sus oyentes, nos sitúan en medio de una tensión que es de suma vigencia: la dialéctica de lo nuevo y lo viejo en el contexto de la historia de la humanidad y de la Iglesia. El flujo y reflujo entre lo nuevo y lo viejo forma el trasfondo de las noticias de último momento que leemos en las primeras planas de nuestros periódicos. Esta tensión también forma el entre-líneas de muchas de las actas de reuniones eclesíásticas. Surge la pregunta: ¿Cuál ha de ser la actitud de la Iglesia ante esta realidad cambiante? La iglesia evangélica en todo el mundo, y en particular en la América Latina, no puede darse el lujo de permanecer estática en medio de un mundo en revolución.

Todo el relato bíblico es una exposición del contraste entre lo viejo y lo nuevo; entre las obras de Dios en el pasado, y su promesa futura. Como dice un teólogo alemán contemporáneo, “Para entender las Escrituras . . . en su predicación, en su concepción de la existencia humana y en su concepción del mundo, hay que mirar en la misma dirección en que ellas miran”¹ — hacia el futuro. Si analiza-

mos estrechamente la Biblia, encontramos desde el Génesis al Apocalipsis esta misma tensión y este mismo proceso. Se nos habla de un viejo y nuevo Adán, un viejo y nuevo hombre, los viejos y los nuevos cielos y tierra. Aunque la Palabra de Dios permanece imperecedera e inalterable, ella misma es un relato de la revelación progresiva de Dios, en medio de diferentes contextos sociales y culturales – y del constante peregrinaje del Pueblo de Dios. La dirección de este peregrinaje es siempre hacia un futuro renovado basado en las promesas fieles de Dios.

Abrahán, con un ojo puesto en el pasado de su llamado de Ur, se movía constantemente en fe hacia los nuevos de lo prometido de Dios. Israel aún recuerda una vez al año el éxodo, primicias de la anhelada obra liberadora del Mesías. La Iglesia, en la Santa Cena, recuerda a la vez un pasado de redención (“en memoria de mí”) y el futuro en que se consumará esta redención (“hasta que venga”). O como lo expresa Pablo, refiriéndose a los tres tiempos de la obra redentora de Cristo, “en esperanza fuimos salvos” (Roms. 8:24). Nuestra redención, efectuada en un determinado momento del pasado, apunta hacia el futuro de su cumplimiento en Cristo, mientras continúa actualizándose en medio de los dolores y gemidos de un presente alienado por el pecado.

La historia de la Iglesia, a partir del libro de los Hechos, es de continuo desarrollo y constante renovación. Las estructuras y los métodos que hoy nos son tan familiares y comodamente confiables, ayer fueron cambios revolucionarios. Pero todos estos cambios ocurrieron, no en un vacío, sino dentro de un contexto histórico y cultural. Es importante tener esto presente al intentar aplicar las enseñanzas de las Escrituras a nuestra vida cristiana presente.

¿Cuál es lo imperecedero y qué es aquello cuya aplicación exacta a nuestro propio contexto cultural es inaceptable, aun cuando el principio detrás de la práctica pudiera tener aún muchísima validez? El problema está en reconocer la diferencia, y en saber encarnar el principio subyacente en la realidad contemporánea. Lo mismo ocurre con aquellas costumbres eclesíásticas, tan entrelazadas con nuestra doctrina y concepto de la vida cristiana, que es casi imposible hacer la separación en nuestras mentes. ¿Cuál es lo verdaderamente bíblico, en el sentido que acabamos de explicar? ¿Cuál es aquello que ha surgido de realidades, necesidades y problemas históricos? ¿Cuánto de nuestro culto nos ha legado de otras culturas y realidades históricas? Estas son preguntas no muy fáciles de contestar, pero no por ello se deben ignorar, porque el éxito de nuestro testimonio como Iglesia Latinoamericana depende de ello.

Todo lo anterior debe ser considerado a la luz del hecho que lo nuevo que Dios está haciendo nunca será ajeno a su propia naturaleza, ni un cambio será una discontinuidad completa con el pasado. Como los observadores del cambio social han señalado correctamente, todo cambio aprende del pasado, y edifica sobre él.² Aun aquellos que procuran romper totalmente con el pasado para introducir-

nos en una era nueva, tropiezan con el problema que no pueden ignorar su historia ni su propia naturaleza humana. En Dios convergen el pasado y el futuro, la realidad y la esperanza, el "ya fue" con el "todavía no", lo viejo y lo nuevo, la tradición con la renovación.

El problema de la Iglesia en cada presente de su historia es mantener la correcta perspectiva entre lo viejo y lo nuevo. Tiende a desequilibrarse, ya sea afianzándose desmesuradamente en el pasado, o bien gozándose introspectivamente en el presente, o lanzándose irreflexivamente hacia el futuro.

Basándonos en el paradigma de los tres tiempos de la obra de Dios, analicemos estas tres tentaciones, las cuales se pueden encontrar operando paralelamente en cualquier período de la historia de la Iglesia. Hoy, más que nunca, la iglesia evangélica en América Latina precisa reflexionar sobre su posición ideológica en el *kairos* de Dios, porque de su orientación "temporal" dependerá si va a continuar existiendo en un pasado fosilizador, en la satisfacción de bendiciones alcanzadas en el presente, en un futuro de utopías irrealizables, o en apertura constante, arriesgada, pero confiada, a la obra de continua renovación que Dios ha comenzado desde el pasado, y continuará haciendo, en Cristo, hasta su consumación.

El tradicionalismo, o la institucionalización del pasado.

Según este modo de pensar, tal vez la que más prevalece en la Iglesia, las formas y estructuras tradicionales, además de ser "bíblicas", son más confiables que lo nuevo y experimental. Como apuntamos anteriormente, se confunde la cultura transitoria con la revelación progresiva de Dios. La revelación de Dios no apunta primordialmente hacia el pasado, sino que, desprendiendo de las experiencias del pasado, mira hacia el futuro y así le da significado al presente.

Irreflexivamente aceptamos todo lo pasado como sacrosanto e inalterable. Confundimos lo inalterable y siempre vigente de las Escrituras con lo recibido de otras culturas y períodos de la historia. Como bien señala Fontanell, vivimos en el "reino de los muertos" porque todas nuestras ideas y prácticas nos las han definido personas que han pasado de la historia.³ Es muy fácil olvidarnos que muchos de los métodos y estructuras que defendemos a capa y espada, en un momento pretérito de la historia de la Iglesia sin duda alarmaron a más de alguna persona desmesuradamente aferrada a una estructura o a un método todavía más antiguo. Estos métodos y estructuras que surgieron en respuesta a realidades muy particulares del momento histórico que vivía la Iglesia. Esto no quiere decir, por supuesto, que todo lo nuevo que se introduce en la Iglesia es saludable y ajustado a principios bíblicos fundamentales. Pero, hayan sido estos cambios buenos o malos, divinamente inspirados o humanamente maquinados, en todo caso, surgieron en respuesta a realidades transitorias.

Bastan unos pocos ejemplos. La música de algunos de nuestros himnos favoritos, con la cual nos deleitamos en nuestros cultos

solemnes, fue en un tiempo música popular y profana que probablemente a más de alguno escandalizó cuando primero fue usada en un contexto religioso. Con los años, su continuo uso en las iglesias, y la evolución de la música profana, concedió a estas tonadas irreverentes una aureola de santidad. Hoy en día se da el caso del rechazo en algunos círculos de himnos y coros escritos al compás de una movida música autóctona, pero que a la vez, inexorablemente, van incorporándose al culto de las iglesias.

Otro ejemplo. Tan arraigado está entre nosotros el concepto de edificio como lugar principal de adoración, que cuando se habla de "iglesia" se piensa más en el templo que en lo que en términos de las Escrituras es la Iglesia. Pero, remontándonos en la historia, podemos ver que el pueblo de Dios ha evolucionado en su concepto del lugar de adoración. Los patriarcas sacrificaban a Dios al aire libre. Más tarde, Israel se encontró con su Dios en una carpa, luego en el Tabernáculo, y finalmente en un fastuoso Templo. En la Diáspora, la sinagoga se convirtió en lugar de reunión y estudio de las Escrituras. La iglesia primitiva se reunía en el atrio del templo y en las casas, combinando así la unidad de todo el Cuerpo en una reunión masiva, y el calor del convivio a nivel de pequeño grupo, como lo hacen en nuestros días algunas de las grandes agrupaciones pentecostales. La persecución obligó a los cristianos a reunirse en cuevas y catacumbas.⁴ Cuando el cristianismo se institucionalizó, el estado puso a disposición de la Iglesia las basílicas, que eran las cortes de justicia de aquellos tiempos. Su construcción arquitectónica, colocación de los escaños y tribunas, ha influenciado, aún hasta nuestros tiempos, no tan sólo la arquitectura eclesiástica católica y protestante, pero su concepto de las posiciones respectivas del clero y el laicado.⁵

Hoy la Iglesia, en un cuestionamiento sano de la influencia del edificio sobre su testimonio agresivo, vuelve a reunirse en hogares y en dondequiera que se congrega el hombre moderno—en sindicatos, universidades, oficinas y mercados.

La posición bíblica es siempre equilibrada. Para poner las cosas en su debido lugar, y con el fin de regresarnos el centro de su voluntad, Dios nos habla aún hoy por medio del profeta, "No os acordéis de las cosas pasadas, ni traigais a memoria las cosas antiguas. He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz: ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto y ríos en la soledad". (Isa. 43:18,19).

Dios está hablando aquí en el contexto de su propia naturaleza y de sus grandes obras en la historia. Es como si estuviera diciendo, "El haber obrado yo así en determinado momento del pasado, no me compromete a obrar de la misma manera ni hoy ni mañana. Soy el Dios del futuro. El Dios de lo siempre nuevo e inesperado".

Lo nuevo de Dios siempre tiene como base su propia naturaleza. Analizando con mayor atención el contexto del pasaje recién citado, el Señor habla de su singularidad, "Antes de mí no fue formado Dios,

ni lo será después de mí" (v. 10), de su eternidad y omnipotencia, "Aun antes que hubiera día, ya era (Soy Dios, yo lo soy desde siempre); no hay quien de mi mano libre. Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?" (v. 13); de su amor, ¿y te amé; daré, pues, hombres por tí, y naciones por tu vida" (v. 14) y de su santidad, "Yo Jehová, el Dios tuyo, el Santo de Israel" (v. 3).

El que hace todas las cosas nuevas es único, y por tanto lo nuevo que hace será único. Su existencia antecede a la historia y procede hasta más allá de la historia. Como consecuencia, lo nuevo que el hace, se verifica siempre en el contexto de su soberanía sobre la historia. Es omnipotente, la fuerza motriz de lo nuevo que marcha irremisiblemente hacia su culminación escatológica. Pero lo constantemente nuevo significa inseguridad, riesgo y negación cuando, por naturaleza, el ser humano se inclina hacia lo estable, seguro y afirmativo. Es aquí donde el Dios de lo nuevo se manifiesta como un Dios de amor — un Dios que ha demostrado concretamente su amor para con el mundo, ofreciéndose voluntariamente en una cruz. Pero es precisamente esta cruz, autenticada por la resurrección, la que sirve de punto de partida de lo nuevo que Dios se propone hacer. La prueba tangible del amor de Dios es a la vez negación del pasado y riesgo llevado hasta sus últimas consecuencias. Es irónico que el que se apoya en el pasado, confía en lo transitorio, inseguro y traicionero, mientras que el que confía en el futuro, y en el Dios de lo nuevo, se fundamenta en lo único estable y seguro! En resumen, el Dios de lo nuevo es un Dios santo, fiel a su propósito renovador.

Lo nuevo de Dios se basa siempre en sus grandes hechos en la historia. En este pasaje, Isaías se refiere concretamente a cuatro tipos de intervención. El es el Creador (v. 15) que de la nada creó lo nuevo, y cuyo proceso creativo continuará hasta culminar en una nueva creación. Es el Libertador, habiendo sacado a su pueblo de Egipto (vs. 16 y 17) y habiéndolo retornado a su tierra después de la cautividad (v. 14). Es Redentor y Salvador (vs. 3 y 14). De la tumba del Crucificado surge la obra nueva de Dios — un nuevo hombre, una nueva comunidad de fe, una nueva creación. Es Señor y Rey (v. 15, cf. Apoc. 21:5) de la creación y de la Iglesia, los cuales son el campo de operación de su obra renovadora.

Lo nuevo, en este contexto, es obra de Dios y no de hombres, aunque su realización sea a través de y en la nueva humanidad que surge de su obra redentora en la cruz. "Yo hago cosa nueva", dice Dios. Reflexionar sobre esta verdad, resulta a la vez reconfortante e inquietante. Pues, ¿adónde se dirige Dios? ¿Cuál es su propósito en la historia? Como lo apunta poéticamente el profeta, Dios se propone sacarnos de la aridez del pasado eterno, con sus estructuras y métodos estériles, para introducirnos a las aguas abundantes de su futuro de bendición.

El presentismo, o la institucionalización del presente.

Nos referimos aquí a lo que Moltmann denomina "epifanía",

“entusiasmo de cumplimento”, “presencia cultural de lo eterno”, “presente eterno” y “escatología realizada”.⁶ Parte de una legítima insatisfacción con los esquemas estériles del pasado. Porque su vivencia cristiana ha perdido su sabor y vigencia, el cristiano y su iglesia se sientan inquietos e insatisfechos. Se llega a la conclusión que lo más urgente es cambiar o renovar formas y estructuras. Ante la frustración por la resistencia de lo pasado a lo nuevo surge, para algunos, un rechazo de la iglesia institucionalizada y un paralelo rechazo, a veces violento, de las estructuras alienantes de la sociedad. La suya es una orientación futurista, aunque enraizada en el presente, y a menudo con poca relación al pasado.

Para otros, este rechazo de pretéritas estructuras estériles toma la forma de una internalización o subjetivización de su experiencia cristiana. Es con esta actitud de la Iglesia que nos preocuparemos a continuación. Es la actitud que se puede observar en un denominacionalismo satisfecho de su doctrina y estructura eclesiástica. O bien, es la satisfacción fundamentalista de tener una fe acabada y bien fundamentada en las verdades de la Escritura. Puede ser el sectarismo intolerante del grupo que estructura su vida en torno a una interpretación estricta de la Biblia y de la cultura bíblica, o el entusiasmo del pentecostal que se siente seguro de haber alcanzado la promesa. Puede ser también el júbilo de las iglesias “renovadas” ante su nueva experiencia liberadora. Lo importante es recordar que, en todos ejemplos, el “entusiasmo de cumplimento” se da en base a un concepto, una “luz” o un acercamiento nuevo que en determinado momento o “presente” de la historia de la Iglesia surgió en respuesta o reacción a alguna realidad histórica considerada como caduca—eclesiástica o doctrinal. Pero, lo nuevo se presentiza, se “eternaliza”, se hace constante y normativo para todos los tiempos.

Esta sacralización del presente eterno puede llevar también a otro error: el rechazo de todo lo pasado como irrelevante. Es curioso que, aun las instituciones más tradicionalmente estructuradas, lo son en realidad en reacción pendular contra estructuras aún más antiguas cuyos aspectos, tanto positivos como negativos, relevantes e irrelevantes, son relegados al basurero de la historia. Lo tradicional o pasado, viene a ser, en realidad, otra manera de ver la eternalización del presente. Es irónico, que este rechazo de lo antiguo en favor de lo nuevo, tiende a rechazar lo “más nuevo”, y que el rechazo de lo “más nuevo” puede en realidad ser sinónimo del rechazo de lo “más antiguo”, inamovible y perecedero de la relación de Dios con el mundo en justicia y con su pueblo en juicio, a la luz particularmente, del Antiguo Testamento.

Quizá la razón por estas actitudes se encuentre en el hecho que el presente, como tiempo, es muy difícil de precisar, o de aislar. En cuanto al pasado se puede investigar, recontar, analizar y llegar a conclusiones. Sobre el futuro se puede especular, hacer predicciones y tener esperanzas. Ambos son períodos largos, de extensión indefinida. Pero, con el presente, ¿qué podemos hacer? ¿Cuál es su

verdadera extensión? El presente es futuro inmediato antes de emitir la palabra "presente", y antes de finalizar su pronunciación, ya se convirtió en pasado. El presente es fugaz y se confunde de inmediato con el pasado y el futuro. ¿Será ésta la razón por la cual el antiguo pueblo hebreo, peregrino por excelencia, no evolucionó en su lenguaje la conjugación del tiempo presente? Debido a la fugacidad de su presente, el hombre se ve obligado a extender sus dimensiones, ya sea proyectándolo indefinidamente hacia el futuro, como lo hace Rubem Alves⁷, o estirándolo hacia el pasado en un presente eterno de realización. Tal vez la mejor forma de considerar el presente es viéndolo como el futuro experimentado ahora. El futuro sólo se puede vivir en la realidad cruda del presente.

Ante esta idolatría del presente, la posición bíblica es claramente iconoclasta. El presente de Dios está abierto. Para entender el presente, dice Dios, hay que recurrir al pasado, sí, pero sobre todo al futuro. Porque si el presente es continuación del pasado, es también comienzo del futuro, el cual es alvo del presente. ¿A quién me podréis asemejar o comparar? ¿A quién me asemejaréis para que seamos parecidos? Y después de describir los esfuerzos vanos de los que intentan fabricar imágenes de Dios, añade, "Recordad esto y avergonzaos, tened seso, rebeldes, RECORDAD LO PASADO DESDE ANTIGUO, pues yo soy Dios y no hay ningún otro, yo soy Dios, no hay otro como yo. Yo anuncio DESDE EL PRINCIPIO LO QUE VIENE DESPUES, y DESDE EL PRINCIPIO, LO QUE AUN NO HA SUCEDIDO" (Isa. 46:5-10). Afirmando su singularidad desde el pasado en el presente, y triturando bajo sus pies las imágenes estáticas de su persona, Dios se lanza, sin detenerse, hacia el futuro. "El Dios del éxodo y de la resurrección no "es" presente eterno, sino que promete su presencia y su cercanía a aquel que siga su envío al futuro".⁸

El escatologismo o la apertura hacia el futuro

Una Iglesia abierta al futuro camina en las pasadas de un Dios peregrino que marcha siempre hacia adelante en pos y en medio de su pueblo. El Espíritu de Dios remueve las estructuras, inquieta y apremia.

*Aquel que ha sido tocado por el soplo del futuro, aunque haya sido en promesas muy limitadas, es un hombre que permanece inquieto, que apremia, pregunta y busca por encima de todas las vivencias del cumplimiento, las cuales adquieren en su boca un sabor de tristeza.*⁹

Pero, si esta orientación futura no sabe reflexionar sobre las implicaciones de esta actitud, e ignora, o pasa por alto la relación del futuro con los dos tiempos que le preceden, corre una vez más el peligro de institucionalizarse. Esta institucionalización puede darse en dos modalidades observables hoy en nuestra iglesia evangélica latinoamericana.

La teología de la liberación, como insinuamos en un párrafo anterior, en un rechazo violento de las estructuras alienantes de la iglesia y de la sociedad, se lanza hacia un futuro sin norte. Un futuro utópico, pues parece ignorar los absolutos de la relación de Dios con el hombre y el mundo — a) la pecaminosidad del hombre como individuo y en sus relaciones sociales que subyace el pecado institucional, b) las dimensiones personales y trascendentes a la vez que sociales y terrenales de la cruz y resurrección de Cristo, c) el rol instrumental del hombre en la creación de un nuevo futuro, sin prestarle suficiente atención a las dimensiones trascendentes de este acto creador.¹⁰ Se llega a sacralizar el futuro, al obrar de Dios y el hombre en el presente como primicias del futuro, despreciando lo eterno y vigente de la revelación de Dios en el pasado de la historia de su pueblo.

En nuestros días, una realidad eclesial insoslayable es el auge de los movimientos de renovación espiritual o carismática que han surgido en el seno de iglesias tradicionales en todo el continente. En opinión de muchos observadores del escenario religioso latinoamericano, estos movimientos ofrecen a la iglesia su mayor oportunidad por su insatisfacción con estructuras estériles y caducas y por su apertura a todo lo nuevo que Dios quiere hacer en su Iglesia. Las iglesias que procuran ignorar este fenómeno o aislar sus efectos más amenazadores para rígidas estructuras eclesiales corren el grave peligro de quedarse a la zaga del obrar contemporáneo de un Dios soberano. La vitalidad de algunas iglesias renovacionistas, su testimonio espontáneo, su apertura a lo que Dios está haciendo en estructuras antes enemigas, como la Iglesia Católica, son todos motivos de esperanza para la Iglesia Latinoamericana.

Pero en esto también radica un tremendo peligro. En los movimientos de renovación es fácil observar la semilla de una tendencia estructuralista que en algunos casos muy patentes ya ha germinado y hasta está produciendo frutos agrios. La institucionalización de la experiencia, la realización escatológica, el entusiasmo de cumplimiento, la epifanía del presente eterno son expresiones que pueden muy bien describir al menos en algunos aspectos, a los movimientos renovacionistas. Esta institucionalización, en algunos casos, sólo se manifiesta en lo cultural — las nuevas formas de adoración se hacen normativas. En otros, la nueva experiencia llega a separar arbitrariamente a los cristianos según criterios a menudo superficiales. Lo más alarmante es la tendencia en algunos sectores de la institucionalización eclesial de la renovación, aún hasta el grado de romper el vínculo de comunión cristiana entre varias tendencias dentro del mismo movimiento o fuera de él. En nombre de nuevas experiencias se continúa en vivencias ya pasadas. Bajo la bandera de la renovación de viejas estructuras, se imponen nuevas estructuras que pueden ser tan esclavizantes como las antiguas. Lo que otrora fuera movimiento pujante y lleno de esperanza, se vuelve monumento estático y sin vida en honor al presente fosilizado, en honor al pasa-

do.¹¹ Esto no niega, por supuesto, la necesidad de estructuras, de orden y de estabilidad.

De lo que se trata aquí es de la flexibilidad y apertura al cambio. El Dios de Israel que guió a su pueblo a través del desierto sin aguas hasta la tierra que fluía leche y miel, se reunía con su pueblo en una tienda de campaña y se revelaba a través de símbolos portátiles como el arca, el incensario y la mesa de comunión.

Este Dios habla una vez más a través de su profeta: “Escúchame, Jacob, Israel, a quien yo llamé: yo soy el primero y también soy el último. Sí, es mi mano la que fundamentó la tierra y mi diestra la que extendió los cielos. Yo los llamo y todos se presentan . . . Mi amigo (Ciro) cumplirá mi deseo contra Babilonia y la raza de los caldeos. Yo mismo le he hablado, le he llamado, le he hecho que venga y triunfe en sus empresas. Acercaos a mí y escuchad esto: DESDE EL PRINCIPIO no he hablado en oculto, desde que sucedió estoy allí. Y AHORA el Señor Yahvéh me envía con su Espíritu. Así dice Yahveh, tu redentor, el Santo de Israel. Yo, Yahvéh tu redentor, el Santo de Israel. Yo, Yahvéh tu Dios, te instruyo en lo que es provechoso y TE MARCO EL CAMINO POR DONDE DEBES SEGUIR” (Isa. 48:12-17).

El Dios que en el pasado creó los cielos y la tierra, y que llamó a su pueblo, es el que se propone liberarlo con brazo humano de las estructuras esclavizantes de Babilonia. El éxito de la empresa liberadora y futurizante del agente humano proviene de la soberanía de lo divino. El Dios que en el pasado habló a su pueblo, en el presente envía a su siervo hacia el futuro abierto de su voluntad. Es el futuro que le da sentido al presente y al pasado y le impide a estos tiempos cerrarse a la obra de Dios. “El sentido de cada presente se torna claro tan sólo a la luz de las esperanzas del futuro.”¹²

La apertura constante a lo nuevo de Dios significa estar en sumisión continua a su acción soberana en nuestras vidas personales y corporativas. Significará, pues, aceptación de cualquier cambio que el quiera efectuar. Significará, además, compromiso total con lo que Dios está haciendo en el mundo.

*El que espera (el futuro de lo nuevo de Dios) se vuelve apátrida con los apátridas, por amor a la patria de la reconciliación. Se vuelve un hombre sin paz con los que no la tienen, por amor a la paz de Dios. Se vuelve injusto con los injustos, por amor a la justicia de Dios que viene.*¹³

Lo nuevo de Dios no es superficial ni parcial. “Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas” (Apoc. 21:5). Es una renovación que se extiende en todas las dimensiones del individuo, de la iglesia y del mundo. “El que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo

(II Cor. 5:17). “Yo les daré un corazón nuevo y pondré en ellos un espíritu nuevo (Ezeq. 11:9). “Habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús a despojaros . . . del hombre viejo que se corrompe . . . a renovar el espíritu de vuestras mentes, y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:20–24). “Cantad al Señor un cántico nuevo, su loor desde los confines de la tierra (Isa. 42:10). “Dijo el que está sentado en el trono, Mira que hago un mundo nuevo” (Apoc. 21:5, Biblia de Jerusalén). “Esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia (II Ped. 5:13).

Por tanto, si pretendemos ser escribas doctos, verdaderos discípulos del Reino de los Cielos, el Rey nos ordena abrir nuestros cofres herméticamente cerrados donde hemos atesorado estáticamente la plenitud de la revelación divina, y a sacar de ellos todo lo nuevo y lo viejo que El tiene para nosotros. Nos llama personal y corporativamente a una vida de riesgo y cruz. A una vida de libertad donde soberanamente él se propone obrar en cada persona y en cada manifestación local e institucional de su Iglesia. La sacralización de experiencias pasadas, presentes o futuras tiene como resultado el rechazo de experiencias que no encajan dentro de los moldes establecidos. Con demasiada frecuencia, nuestras instituciones religiosas están ampliamente provistas de réplicas exactas de la cama del mitológico Procrustes. Y las entradas a nuestras estructuras que pretenden ofrecer al hombre pecador esperanza, redención y libertad están protegidas por guardias fuertemente armados que les exigen pronunciar Sibboleth según nuestro lenguaje particular. Dios se rehusa a ser atado a estos esquemas. A todos los Pedros que deseamos que nuestros Juanes tengan la misma experiencia con Cristo que la nuestra, Cristo dice, “Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿Qué te importa ? Tú, sígueme” (Juan 21:21,22).

NOTAS

- 1 Jürgen Moltmann, *Teología de la Esperanza*, (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1968) p. 367.
- 2 H. M. Johnson, *El Cambio Social* (Buenos Aires: Paidós, 1967), p. 43.
- 3 Peter Berger, *Introducción a la Sociología* (México: Limusa Wiley, 1967), p. 97.
- 4 Alberto Barrientos, “El Uso del Templo”, en *En Marcha Internacional* (San José, No. 17, Julio–Diciembre, 1970).
- 5 Ladson Saylor, *El Planeamiento de la Iglesia Pequeña* (Tesis de incorporación al Colegio de Ingenieros y Arquitectos de Costa Rica, San José, 1967), p.9, y conclusiones posteriores del autor sin publicar.

- 6 Op. cit., Moltmann, pp. 128, 204, 209, 213, 289.
- 7 Ruben Alves, **Religión: Opio o Instrumento de Liberación?** (Montevideo: Tierra Nueva, 1968), pp. 99, 100, 208, 209, 250, etc.
- 8 Op. cit., Moltman, p. 38.
- 9 Ibid., p. 137.
- 10 Op. cit., Alves, pp. X (Crítica de Miguez Bonino), 163–185, 194–200, 207–222.
- 11 Op. cit., Johnson, pp. 38–43
(Buenos Aires: Paidós, 1971) pp. 88, 89.
- 12 Op. cit., Moltmann, p. 248.
- 13 Ibid., p. 291.